

Capítulo 5 – La Tierra de los Caminos Rotos

Habían avanzado quinientas pasos en la larga caminata de regreso antes de que Biandina rompiera el silencio. Ella y Antelmu habían estado esforzándose por mantener alerta la vista y el oído, temerosos de nuevas travesuras de las hadas, y Dirt había estado observando con tanta atención las mentes que tropezaba con el terreno rocoso.

"Vamos más rápido. Tal vez podamos regresar antes de que se nos queden mirando," dijo ella.

"No están cerca. Los estoy vigilando," afirmó Dirt.

"¿Cómo lo sabes?" preguntó Biandina.

"Simplemente lo sé," respondió Dirt. En ese momento, estuvo tentado de explicar que podía ver las mentes, pero dudó. No era el momento. Los niños estaban asustados, y podrían transferir ese temor a él, y dejar de ser sus amigos. "Pero sigo pensando que es buena idea apurarse."

"De acuerdo. Aumentemos el ritmo," dijo ella, y comenzó a caminar lo más rápido que podía. Resultó que un humano podía caminar bastante rápido, si realmente se esforzaba. Pasos largos y rápidos, y ella casi corría.

Las piernas de Dirt eran demasiado cortas para hacer otra cosa que trotar a ese ritmo, así que lo hizo. Antelmu luchó por mantener esa velocidad por un tiempo, pero tampoco pudo. Se puso a trotar y corrió adelante, y Dirt lo siguió. Eso dejó a Biandina corriendo para acompañarlos, y las últimas dos mil pasos los cruzaron justo cuando apareció la primera estrella.

La torre permanecía vacía y silenciosa, retrocediendo en sombras del crepúsculo. Se veía más fría por dentro que afuera, y la oscuridad que ofrecía la entrada de la torre era algo que los dos niños no querían atravesar. "¿Puedes hacer una luz?" preguntó Antelmu.

"Claro. Primero haré las grandes, y luego puedo hacer algunas pequeñas donde las necesitemos," dijo Dirt. Se acercó al encantamiento en la pared más cercana y la llenó de maná. Una luz brillante apareció sobre su cabeza y hizo que el suelo brillara a cincuenta pasos a su alrededor.

Dirt rodeó la torre para iluminar las otras tres, y entraron. Con las luces brillando desde afuera, la torre parecía más segura. La luz ahuyentaría las sombras. Dirt creó una pequeña llama que los seguía y preguntó: "¿Tenemos que hacer algo con la carne o esconderla de ese ciervo?"

"Se está haciendo tarde. Quizá demasiado. Deberíamos haber empezado a cocinar la carne hace horas, y si no despejamos esa piel, se pudrirá," dijo Biandina.

"No podemos ir a dormir aún," dijo Antelmu. "Es muy pronto. Mejor terminémoslo ahora."

"Me parece bien. Dirt, ¿le puedes dar tu cuchillo? Él te enseñará cómo despellejar una piel," dijo Biandina. "Voy a subir a buscar más carbón. Solo traje uno conmigo."

"Puedes traer toda la bolsa," sugirió Antelmu.

"Esa es la idea," respondió ella.

"De acuerdo. Apresúrate," dijo Antelmu.

"Estaré bien. No hay nada aquí con nosotros, y puedo ver perfectamente con esas luces afuera," afirmó ella, forzándose a sonar casual. Casi logró su cometido.

Una compenetración surgió entre los hermanos cuando sus miradas se cruzaron. Ambos asintieron, y ella atravesó la puerta. En cuanto quedó fuera de vista, los escucharon respirar profundamente y comenzar a correr con todas sus fuerzas. Antelmu le dio a Dirt una pequeña sonrisa, pero era una sonrisa de miedo.

Dirt vigilaba su mente para saber al instante si ella enfrentaba algún problema. Hasta ahora parecía estar bien. Solo asustada. Allí arriba era de noche y no entraba tanta luz como ella esperaba.

—¿Y cómo se limpia una piel? —preguntó Dirt.

—Limpiar una piel significa quitar toda la carne y quedarse solo con la piel. Vamos a intentar convertirla en cuero. Mejor así, ¿verdad? ¿Me prestas tu cuchillo?

Dirt lo entregó y se agachó para observar. Extendieron la piel de ciervo bien estirada, con el lado del pelaje hacia abajo, y luego Antelmu hizo que Dirt se arrodillara en un extremo para ayudar a mantenerla en su lugar.

Antelmu miró a su alrededor con gesto conspirador, asegurándose de que Biandina hubiera desaparecido realmente, luego susurró: —¿Puedes distinguir si están cerca?

Dirt asintió afirmativamente y susurró: —Ahora no están cerca en absoluto.

Antelmu miró por la ventana y observó hasta estar satisfecho de que no había movimiento allí afuera. Finalmente, dijo: —Es más fácil si empiezas por la cabeza. Luego cortaremos la cola, pero ahora está bien, porque nos muestra de qué extremo se trata. Antelmu comenzó a raspar, primero suavemente y luego con un poco más de fuerza. —Sigo olvidando lo afilada que está esta cuchilla. Casi no necesito ponerla sobre el soporte. Normalmente hay que empujar mucho, pero...

Y así fue, con cada pasada, la carne era retirada para exponer la superficie pálida y limpia de la piel misma. Antelmu se inclinó más cerca y concentró toda su atención. —Debo tener mucho cuidado. Esto casi resulta demasiado afilado.

—¿De dónde obtienes metal, si no tienes mucho madera? —preguntó Dirt.

—El hierro y el cobre son fáciles de conseguir. Pero el hierro es más difícil de trabajar. ¿Puedes estar en silencio mientras trabajo en esto? —dijo Antelmu.

Dirt se recostó ligeramente para darle unos centímetros más de espacio y observó con atención. Parecía un proceso sencillo, pero no cabía duda de la destreza de Antelmu. Trabajaba con manos hábiles, cada movimiento grácil y deliberado.

—Estoy acostumbrado a necesitar más presión —dijo Antelmu después de trabajar en silencio un rato. Se enderezó y señaló lo que estaba haciendo. —Si no empujas con suficiente fuerza, no podrás raspar todo lo que debe salir. Pero si empujas demasiado, cortarás la piel, y eso puede formar un gran agujero después. Si solo estás haciendo correas, está bien, pero generalmente las correas se hacen cuando algo salió mal, no a propósito.

Biandina bajó corriendo las escaleras y por el pasillo, luego se detuvo con lentitud y entró por la puerta con paso normal. Contuvo la respiración para no jadear, pero su rostro enrojecido delataba que estaba sin aliento. —¿Ya casi terminan? —preguntó, ocultando casi por completo lo agotada que estaba.

—Estamos casi, pero es difícil. ¿Puedes dejarme concentrar? —pidió Dirt.

Biandina asintió y se apoyó contra la pared con actitud despreocupada, como si no lo hiciera para descansar después de una carrera aterradora por un edificio vacío y aterrador. Antelmu siguió trabajando y solo un momento después se sentó, recorriendo con los dedos la piel limpia. —¿Ves alguna parte que haya olvidado? —preguntó.

—Aquí en las patas, por los pies, la piel es mucho más gruesa —dijo Dirt.

—Está bien. De todas formas voy a cortar los extremos. Solo quiero la buena piel. Mira, ¿ves esas partes colgantes en los bordes? Mira, hazlo así —Antelmu deslizó el cuchillo por el borde de la piel y la recortó en una curva limpia y bonita. Recortó un poco las patas, luego arrojó lo que había raspado. —A veces, si dejas esas partes colgantes, parecen malas o pueden engancharse y desgarrar el cuero antes de estar terminado. Algunos las recortan un poco menos, pero a mí me gusta que quede suave en el borde.

Biandina se apartó de la pared y dio un paso adelante. «Buen trabajo. Chicos, escuchen un momento. La razón por la que la familia de Socks dijo que permanecieran en esta torre es porque las hadas no pueden entrar. Podrían intentar desviarnos, pero si nos quedamos aquí, no podrán hacer nada. Socks volverá pronto, y todo lo que tenemos que hacer es resistir hasta entonces. Así que necesito que...» Se quedó callada, tragándose un comentario que había planeado y que cambió de opinión. En su lugar, terminó diciendo, «Creo que tendremos que cocinar la carne en lugar de secarla. Nos faltan la mayor parte de los ingredientes que necesitamos.»

«Sí, pensé en eso», dijo Antelmu. Miró con duda por la ventana. La oscuridad crecía profundamente afuera. «¿Necesitamos conseguir algunas piedras para hacer un anillo de fuego?»

«Yo puedo encargarme de eso. ¿Cuántas quieres?» preguntó Dirt.

Biandina y Antelmu se miraron. «Podemos ir juntos», dijo Biandina.

«No, tonto, yo puedo recogerlas desde aquí», dijo Dirt. Se levantó, fue a la ventana y se inclinó para mirar afuera. Encontró varias piedras decentes cerca y, usando su mente, las tomó una por una, colocándolas en el centro de la habitación.

Una vez reunidas suficientes para formar un círculo, Biandina colocó cuatro cilindros de carbón en su interior y los llenó con pequeñas ramas y pelusas. Luego miró expectante a Dirt y dijo, «¿Te molesta?»

Dirt chasqueó los dedos para invocar una luz, que convirtió en una brasa encendida y la dejó caer para iniciar el fuego. El material de relleno había sido demasiado delgado, por lo que tuvo que mantener la brasa allí varios minutos hasta que las brasas se calentaran, pero una vez alcanzado ese punto, el fuego permaneció ardiente.

La habitación empezó a llenarse de humo, pero si se sentaban en el suelo, no era tan grave. La parte superior de la ventana estaba a solo un pie del techo, lo cual permitía que la mayor parte del humo saliera. Colocaron tiras de carne sobre las piedras, lo más cerca posible de las brasas, y se sentaron a ver cómo se cocinaban.

En cuanto el aroma de la carne asada invadió la habitación, Dirt se sintió extraordinariamente hambriento, al igual que los demás. Antelmu se quitó una tira y la volteó antes de que la parte exterior se tornara gris pálido, y Biandina le dirigió una mirada desaprobatoria, pero no dijo nada. Después de contar hasta quince, hizo lo mismo con la suya y con la de Dirt.

Poco después, Antelmu intentó quitarse la tira y comerla casi cruda, pero Biandina dijo, «Espera a que estén todas listas».

«¿Por qué? Tú puedes comer la tuya cuando quieras. Yo voy a comer la mía cuando me dé la gana», dijo el muchacho.

«Solo hazlo», respondió ella.

Antelmu suspiró ruidosamente, pero dejó la tira en el fuego.

No mucho después, Biandina estuvo satisfecha y sacó una pequeña bolsa de cuero del interior del borde de piel de su camisa. «Tengo un poco de sal que he estado guardando. Creo que esta noche es buena para usarla, ¿no crees?»

Eso alegró mucho la expresión del niño, quien sostuvo la tira de carne por los extremos y la levantó hacia Biandina. Ella esparció una cantidad razonable de sal a lo largo de ella, y luego hizo lo mismo con la suya y la de Dirt. Antelmu frotó la sal en la carne y luego lamió su dedo, y Dirt hizo lo mismo.

La tira de ciervo estaba deliciosa—mucho mejor que cruda, incluso sin contar que todo sabe mejor cuando uno tiene hambre. La sal y la cocina eran dos cosas en las que los humanos tenían ventaja sobre los lobos. Agregaron más tiras para cocinar y, al final, Antelmu se había comido cinco, mientras que Dirt y Biandina cada uno tres.

Después de eso, Dirt utilizó su mente para recoger bolas de nieve y las comprimió con su poder, mezclando la carne, la grasa y el cerebro para conservar todo. Enrollaron la piel, arrojaron el resto del esqueleto del ciervo por la ventana, y eso fue todo. No quedaba nada más por hacer.

Biandina y Antelmu miraron por la ventana por novecientas veces, y como siempre, solo veían la parte del paisaje iluminada por la luz del encantamiento. "Tengo miedo de dormir esta noche. Estoy bastante seguro de que tendré pesadillas," confesó Antelmu, sonriendo, como si fuera algo divertido de admitir.

No era solo él. Dirt asomó su mente y descubrió que Biandina estaba aún más asustada que su hermano, porque le preocupaba tanto por él como por ella misma.

Una mente apareció, difusa y lejana. Como en sueños, pero avanzando con firme propósito. Lo que fuera que constituía su visión, observaba la torre y las luces, aunque la arquitectura y los colores cambiaban. Sentía ansias. Sin malicia, solo ansias. Sabía que Dirt estaba allí. Sabía que Dirt le observaba. Hubo un breve destello de alegría, y luego su mente quedó limpia, convertida en pura luz. Ocultaba sus pensamientos.

Esto no era algo que los otros humanos pudieran manejar. Era el turno de Dirt para asumir el control por un tiempo. Dijo, "Todos estamos bastante cansados. Apuesto a que dormiremos antes de darnos cuenta."

"Eso espero, pero lo dudo," respondió Antelmu.

Dirt los impulsó mentalmente, logrando que se quedaran dormidos, y luego los atrapó cuando se desplomaron en el suelo. Llenó su cuerpo con maná y acostó a Biandina de espaldas, después colocó a Antelmu sobre ella, también de espaldas. Luego, ambos fueron levantados, con moderada dificultad. El maná le hacía fuerte, pero no eliminaba la palanca, y ellos eran cosas grandes y torpes para llevar; una carga que requería esfuerzo.

A pesar de ello, consiguió avanzar, subiendo las escaleras paso a paso, vigilando esa mente en blanco para ver si crecía y se acercaba. No parecía ser así. Dirt sospechaba que esperaba afuera de la luz, observando en busca de una oportunidad. Llevó a los niños dormidos por las seis plantas de escalera, hasta el final del pasillo y hasta la habitación que habían elegido. La fuente de agua aún tenía suficiente para beber, y Biandina había preparado las mantas para la noche. Con todo ordenado, la habitación parecía bastante acogedora. Tendría que mencionarlo en la mañana.

Dirt los acostó suavemente, los separó y los acomodó juntos. Cubrió con mantas a cada uno, dejando espacio para él junto a Biandina.

Ahora, a ir a ahuyentar a esa hada, o lo que fuera. Solo una, extrañamente. Miró por la ventana antes de bajar y no vio nada extraño. Ni oscuridad aplastante cubriendo el suelo ni rodeando la

torre. Si eso regresaba, todavía no estaba aquí.

En su camino hacia abajo, Dirt reforzó su voluntad, concentrándose en mantenerse despierto y no dejarse llevar por sueños pasajeros. Disciplina y sinceridad; no se movería ni un centímetro. Nada le volvería a engañar esa noche.

En la planta baja, se asomó por las ventanas para revisar los cuatro encantamientos de luz, y todavía estaban casi llenos. Fue a la sala de carnicería y recuperó su cuchillo, luego se quedó en la puerta, atento a cualquier sonido que se filtrara en el silencio.

Y en silencio estaba. Nada de grillos en esta época del año. Ni el canto de sapos o aves tardías. Una brisa suave atravesaba las ventanas, pero solo susurraba cortamente con largos silencios entre sus trinos. Al fin, se dirigió a la puerta principal de la torre y se sentó en posición de cruce de piernas, justo dentro del umbral. Esa mente seguía allí, ocultando todos sus pensamientos. Ojalá Socks estuviera aquí, podrían fusionar sus mentes y localizarla.

La tierra absorbía el miedo, pero éste regresaba a cada instante. La mente de Antelmu y Biandina permanecía dentro de su alcance, y encontraba consuelo en saber que ambas seguían dormidas, sin soñar aún. Nada las había perturbado. Pero aquí abajo, nadie le protegía, y no tenía idea de qué esperar. Ni cuándo.

El crujido de pasos sobre grava nevada lo sacudió de sus pensamientos. Una figura pálida emergió, el blanco de su vestimenta reflejaba la luz de su encantamiento con tal intensidad que Dirt pensó que quizás brillaba por sí misma. Se acercaba un hombre, notablemente bajito, de apariencia humana, pero de estatura similar a la de Dirt. Un humano reducido a dos tercios de su tamaño habitual. Vestía una toga majestuosa, cortada al estilo senatorial, y la llevaba perfectísimamente. La tela nunca tocaba el suelo. Las sandalias adornadas con cintas doradas marcaban un paso confiado. En su cabeza, una corona de laureles sostenía rizos de cabello oscuro, y al principio no se distinguía color alguno.

Pero a medida que el hombre se acercaba más a la luz, parecía menos humano. Su cabello tenía un tono azul oscuro que brillaba en destellos relampagueantes bajo la luz mágica, y su piel mostraba un matiz azul pálido, más claro que el cielo. La toga blanca, tan pura como la propia luz de Dirt, blanca como la nube más brillante. El hombre sonrió al avanzar, con una calidez condescendiente.

Se detuvo a cuatro pasos de la puerta. “Saludos, anciano. ¡Cuánto tiempo sin verte!” dijo, con una voz aguda pero que seguía siendo la de un hombre adulto. Dirt se dio cuenta de que hablaba en la lengua del Imperio Sunset.

Dirt entró en pánico, intentando recordar cómo estaba organizado el catálogo de destinos de su padre. En algún lugar había algo para él, ¿no? Pero eso no estaba aquí, ¿verdad? No, no podía ser. Eso tenía que estar más lejos. Deseó haber prestado más atención al mapa mental de Socks.

“¿Te he asustado acaso? Seguramente no. Levántate, malhumorado viejo cascarrabias, y recíbeme con respeto.”

Dirt se recargó en las manos, sin estar listo para levantarse aún, temeroso de que de repente se encontrara caminando sin querer. “Ha sido un día largo. No te recuerdo. ¿Nos hemos visto antes?” preguntó.

El hombre sonrió con una expresión patricia llena de calidez. Sus ojos eran de un lavanda profundo, sin blancos, todo de un mismo color, y Dirt pensó que sus dientes parecían terriblemente afilados.

“Después de lo que sucedió, no puedo culparte por no recordarme. Pero, por supuesto, me conoces. ¿Lo niegas?” preguntó el hombre, inclinando ligeramente la cabeza.

“No recuerdo mucho, ni a ti. Lo siento.”

“¿Recuerdas al menos tu nombre?”

Dirt reflexionó un momento. “¿Y tú?”

“¿Recuerdo mi propio nombre, o el tuyo?”

“Mi nombre. ¿Sabes quién soy?”

“Eres el caminante del vacío, la perdición de los dioses y portador de la destrucción. El Destrozador. Eres el sufriente, el Regresado, amigo de los lobos y Hijo del Bosque. El Gran Mago, el Maestro Renombrado. El Hombre Transformado, el Druida, el Salvador de Ogena y de los Camayans,” recitó el hombre, con un énfasis teatral y gravedad.

“Eso suena correcto. Pero ¿conoces mi nombre?” preguntó Dirt. La extrañeza de aquel encuentro le hacía sentirse más cauteloso que amistoso.

Una sombra de desaliento cruzó el rostro del pequeño hombre. “Todavía quiero que tú me lo digas.”

“En realidad, no lo sabes, ¿verdad? ¿Cómo sabes todas esas otras cosas, si no es así? Claramente sabes mucho sobre mí. Vistes como uno de los míos y hablas mi idioma. Hasta tienes la misma postura,” dijo Dirt.

“De aquellos que recuerdan, pocos serán quienes perdonen lo que has hecho. Yo, en cambio, sí lo haré, y ya lo he hecho. ¿No es suficiente para compartir conmigo algo tan simple como tu nombre?” preguntó el hombre.

—¿Y cuál es el tuyo?—

—A menudo me llaman Incantatus—, dijo el hombre, haciendo un gesto sutil hacia sí mismo para enfatizar su grandeza.

—¿Quieres decir algo como ‘encantado’ o ‘hechicero’? ¿Algo así? ¿Ese es tu nombre?— preguntó Dirt.

—Ya te he dado el mío. ¿No me dirías ahora el tuyo?—

Dirt se levantó y dio un paso atrás. Incantatus dio un paso adelante. Dirt retrocedió, y otra vez. El pequeño hombre extraño se detuvo en la entrada y no avanzó más. “Ya veo. Así que realmente no puedes entrar aquí.”

El hombre sonrió. “Siempre fuiste astuto, tú y tus juegos y trucos. Nunca logré vencerte. Tus acertijos. ¿Qué te parece este? En reconocimiento a nuestra amistad, hagamos un trato. Si me dices tu nombre, te devolveré un recuerdo precioso. Espero que sea el primero de muchos.”

Dirt se quedó paralizado involuntariamente. Ojalá el hombre no hubiera notado lo impactado que se sintió. “¿Cómo puedes hacer eso? Ya se han perdido.”

—Amigo mío, nada puede perderse en el sueño—, afirmó el hombre con calma.

—Fueron succionados por el vacío. Se quemaron en el abismo—, replicó Dirt. “Junto con mi tiempo y todo lo demás.”

—Que algo se pierda en el mundo de los sueños no significa que desaparezca por completo. Confía en mí. Dime tu nombre y descubre qué te devolveré. Nunca miento, ni incumplo un acuerdo—, aseguró el hombre. La pálida tonalidad azul de su piel palpitó un instante con un matiz diferente, para después volver a su color original.

—Está bien. Avitus—, dijo Dirt.

—Ah, por supuesto. Avitus. ¿Cómo pude olvidarlo? Ese nombre te favorece mucho más en tus años posteriores que en los más jóvenes—, comentó el pequeño ser extraño. Giró su toga con un gesto dramático y extendió la mano, que ahora sostenía un pequeño pastel de miel, del tipo con almendra. Dirt había olvidado que existían. “Aquí tienes tu recuerdo.”

Dirt avanzó y alcanzó solo con las puntas de los dedos justo más allá del umbral de la puerta, lo bastante para arrebatar el manjar de la mano del hombre. Lo olió y encontró en él un aroma intensamente nostálgico. El olor de su infancia, del verdadero.

Lo metió en su boca y volvió a ser un niño. No era Dirt, era Avitus, pequeño como Antelmu, y acababa de regresar de la casa de su tutor. “Padre, Cnaeus tiene algo que decirte.”

—¿De veras? ¿Y qué será, Cnaeus?— La voz del padre de Avitus se dirigió primero a él, con ojos oscuros brillando bajo la ceja en su rostro apuesto.

El criado de Avitus asintió cortésmente, buscando mostrar respeto, y dijo: “Su hijo ha impresionado a otro tutor. Lepidus me ha pedido que te comunique su más sincero reconocimiento por el excelente desempeño de tu hijo y lo recomienda para el siguiente nivel.”

El padre sonrió y colocó una mano firme sobre el hombro de Avitus. Le dio una presión fuerte, justo lo suficiente para que fuera ligeramente dolorosa, como era su costumbre, y dijo: “Eres la mejor parte de mí, hijo mío. Bien hecho. Ahora ve y cuéntaselo a tu madre. Ella querrá—”

La memoria se desvaneció allí, dejando a Dirt jadeando ante los aromas en espiral, la luz solar audaz, la mano en su hombro, todo. Era un recuerdo verdadero, eso lo sabía con certeza. Ahora tenía un momento de la vida de Avitus que había recuperado. Solo un pequeño, breve instante. Pobre Cnaeus, ¿qué le habría pasado? Si alguna vez un joven amó a su sirviente guardián, ese fue Avitus. ¡Y su padre! Qué hombre había sido. Rico, culto y con buenos modales. Avitus comprendía cómo se había sentido en ese instante, y eso le decía tanto como diez pergaminos sobre el mismo tema.

—Eso fue bastante breve—comentó Avitus. Tierra.

—No me diste tu nombre completo, me temo. El trato está concluido, pero pudo haber sido mucho más. ¿Quieres darme el resto y ver qué pasa?—

Dirt observó al extraño hombre con una perspectiva ligeramente diferente. Seguía sin reconocer nada acerca de Incantatus, lo cual le hizo preguntarse. Si se conocían, ¿por qué no darle una memoria que lo demostrara?

—¿Por qué no me devolverías todos mis recuerdos solo así? Si fuera yo y Socks, ninguno de los dos lo preguntaría. Simplemente los entregaríamos y estaríamos contentos de haber ayudado—, dijo Dirt. —¿No éramos amigos ni siquiera conocidos, verdad? ¿O eres mi enemigo?—

El pequeño hombre noble resopló, con los ojos púrpura brillando de diversión. —¿Cómo podría ser enemigo de un ser tan limitado? Desde luego que no. Quiero ser tu amigo, Avitus. ¿O ya tienes demasiados por aquí? Aquí tienes, en señal de nuestra amistad.—

Sacó su mano de los pliegues de su toga una vez más y sostuvo un montón de dulces de miel. Dirt dudó, pero el hombre insistió. —No deseo nada a cambio. Esto es un regalo. Espero que no te decepciones demasiado al saber que no son recuerdos. Solo dulces normales, de mi mundo y de mis lands.—

Dirt tomó uno y por fin pudo probarlo. Lo masticó una sola vez y se deshizo, la miel líquida le bañó la lengua y la masa masticable atrapó el sabor. La almendra en la parte superior estaba tostada, de todas las cosas, no cruda. Era algo extraordinario. Comió otro, y otro más.

—Todos son para ti, gentil Avitus. No debes compartirlos. Se desvanecerán si lo intentas. Mejor cómelos ahora.—

Dirt obedeció y comió demasiado rápido. Debería haberlos saboreado, disfrutando cada bocado lentamente, al máximo. Pero no pudo resistirse. Le hicieron sentir nuevamente como un niño pequeño. Bueno, todavía lo era. Pero uno diferente.

—Avísame si te sientes mal en lo más mínimo. Muchos dulces pueden enfermarte—, dijo el hombre.

—Me siento bien. ¿Por qué? ¿No los envenenaste, verdad?—

—¡Por supuesto que no! Nunca. Son exactamente lo que dije, y nada más. ¿Sientes alguna especie de atracción?—

—No, nada—, contestó Dirt. —¿Qué les hiciste? Parece que caí en algo, así que, ¿qué fue?—

—Nada de eso. Solo avísame si deseas comer más, y te acompañaré seguro a mi reino, donde podrás comer todo lo que quieras. No traje más conmigo—, explicó el pequeño hombre.

—No te seguiré a ningún lado hasta que Socks o alguien parecido pueda explicarme qué eres, así que mejor te rindes.—

—¿Estás seguro, Avitus? ¿No quieres venir conmigo a ver mis grandes salones? Oro, mármol, maderas finas, telas teñidas y montones de manjares delicados. Todo tipo de placeres. Tu amigo Socks incluso podría estar allí. Todos los que deseen venir, son bienvenidos—, dijo Incantatus.

—Seguramente, Avitus, tú también quieres venir, ¿verdad? Vamos, Avitus.—

Dirt sintió la atracción, que le golpeó la mente y su cuerpo onírico al mismo tiempo. Un ensueño se coló en las esquinas de sus pensamientos, mostrando campos brillantes y edificios grandiosos, niños jugando y retozando con criaturas desconocidas. Pero estaba preparado para esto y salió rápidamente del trance. —Si intentas eso otra vez, intentaré hacerte daño—, advirtió.

"Avitus. Avitus. Avitus," dijo el hombre. Ya casi era suficiente. La tierra sentía que la compulsión se hundía en su corazón y lo apretaba con fuerza. Pero, aun así, Tierra era disciplinada y sincera, y estaba preparada. No se movió.

"Realmente es una lástima que no me hayas dado tu nombre completo, Avitus. Pero la parte que conozco nunca te permitirá escapar de mí. Si alguna vez quieres, con gusto te mostraré mi reino. Serás libre de irte en cualquier momento que desees," dijo Incantatus. "Y después de comer mi comida, seguramente decidirás seguirme algún día."

Tierra repuso su mente con firmeza, dispuesto a golpear una brecha de vigilia en la mente indescifrable de ese extraño hombre, pero Incantatus levantó una mano con una sonrisa suave. "No hace falta eso. Estaba a punto de irme. Yo y los míos no volveremos esta noche. Por misericordia, regresaré mañana. Que tengas buen sueño, amigo."

Incantatus se dio vuelta y se marchó, su toga blanca ondeando con dramatismo. Tierra lo observó hasta que desapareció, luego se deslizó hacia arriba. Los niños dormían con seguridad, demasiado profundos aún para soñar. Pronto llegarían a los sueños. Tierra deseó tener la maestría necesaria para hacer que todos compartieran el mismo sueño. Bueno, no importaba. Se acurrucó junto a Biandina y se durmió.